

tin, diciendo (a): Mandástele, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Lo cual generalmente se halla en todas las cosas. Porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura y lugar natural, ¿qué dolores causa! El elemento que está fuera de su centro, ¿qué violencia padesce! Los humores del cuerpo humano cuando están fuera de aquella proporción y templanza natural que habian de tener, ¿qué enfermedades causan! Pues como sea cosa tan propia y tan debida á la criatura racional vivir por orden y por razon, siendo la vida desordenada y fuera de razon ¿cómo no ha de padecer y reclamar la naturaleza desta criatura? Muy bien dijo el santo Job (b): ¿Quién jamas resistió á Dios y vivió en paz? Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio (c): Que así como Dios crió las cosas maravillosamente, así las dispuso muy ordenadamente; para que así se conservasen, y permaneciesen en su sér. De donde se infiere que quien resiste á la disposicion y orden del Criador, deshace el concierto de la paz que dello se seguia: porque no pueden estar quietas las cosas que salen del compas de la divina disposicion. Y así las que permanesciendo en la subjeccion de Dios, vivian en orden y en paz, salidas desta subjeccion, juntamente con el orden pierden la paz. Como se ve claro en el primero hombre, y en el ángel que cayeron (d): los cuales, porque haciendo su voluntad salieron de la orden y subjeccion de Dios, juntamente con el orden perdieron la felicidad y paz en que vivian; y el hombre, que estando sujeto era señor de sí, cuando perdió esta subjeccion, halló la guerra y la rebelion dentro de sí.

Este es pues el tormento en que por justo juicio de Dios viven los malos, que es una de las grandes miserias que en esta vida padescen. Así lo predicán generalmente todos los sanctos: Sant Ambrosio en el libro de sus officios dice: ¿Qué pena hay mas grave que la llaga interior de la consciencia? Por ventura ¿no es este mal mas para huir que la muerte, que las pérdidas de la hacienda, que el destierro, que la enfermedad y el dolor? Sant Isidoro dice: De todas las cosas puede huir el hombre, sino de sí mismo. Porque do quiera que fuere, no le ha de desamparar el tormento de la mala consciencia. Y en otro lugar dice el mesmo: Ninguna pena hay mayor que la de la mala consciencia: por tanto, si quieres nunca estar triste, vive bien. Lo cual es en tanta manera verdad, que hasta los mesmos filósofos gentiles (sin conocer ni creer las penas con que nuestra fe castiga á los malos) confiesan esta mesma verdad. Y así dice Séneca: ¿Qué aprovecha esconderse y huir de los ojos y oidos de los hombres? La buena consciencia llama por testigos á todo el mundo; pero la mala, aunque esté en la soledad, está solícita y congojosa. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; si es malo, ¿qué hace al caso que no lo sepan los otros, si lo sabes tú? ¡Oh miserable de tí, si menosprecias este testigo! pues es cierto que la propia consciencia vale (como dicen) por mil testigos. Y el mesmo en otra parte dice, que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido. Y en otra repite lo mesmo, diciendo: A ningun testigo de tus pecados debes temer mas que á tí mesmo; porque de todos los otros puedes huir, mas de tí no; como sea cierto que la mal-

(a) Lib. 1. Confess. c. 12. (b) Job. 9. (c) 9. Mor. c. 2. (d) Gen. 3. Isai. 14.

dad sea pena de sí mesma. Tulio en una oracion dice: Grande es la fuerza de la consciencia en cualquiera de las partes; y así nunca temen los que no hicieron por qué; como quiera que siempre viven en temor los que algo hicieron.

Este es pues uno de los tormentos que perpetuamente padescen los malos: el cual se comienza en esta vida, y se continuará en la otra; porque este es aquel gusano inmortal, según lo llama Isaiás (e), que eternamente roerá y atormentará la consciencia de los malos (f). Y esto dice Sant Isidoro que es llamar un abismo á otro abismo, cuando los malos pasen del juicio de su consciencia al juicio de la condenacion eterna.

§ I.

De la alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos.

Pues deste azote y carnicería tan cruel están libres los buenos, pues carecen de todos estos aguijones y estímulos de la consciencia, y gozan de las flores y frutos suavísimos de la virtud, que el Espíritu Sancto planta en sus ánimas, como un paraíso terrenal, y vergel cercado en que él se deleita. Así lo llama Sant Augustin, escribiendo sobre el Génesi, donde dice (g): El alegría de la buena consciencia que hay en el bueno, paraíso es. Por donde la Iglesia en aquellos que viven con justicia, piedad y templanza, convenientemente se llama paraíso adornado con abundancia de gracias y de castos deleites. Y en el libro que trata de cómo se han de enseñar los ignorantes, dice así (h): Tú que buscas el verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos despues de la muerte, ten por cierto que tambien lo hallarás entre las molestias amarguísimas desta vida, si amares los mandamientos de aquel que lo prometió; porque en muy poco espacio verás por experiencia cómo son mas dulces los frutos de la justicia, que los de la maldad: y mas verdadera y dulcemente te alegrarás de la buena consciencia en medio de las tribulaciones, que de la mala entre los deleites. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Por las cuales entenderás ser tanta la alegría de la buena consciencia, que así como la miel no solamente es dulce, mas hace tambien dulces las cosas desabridas con que se junta; así la buena consciencia es tan alegre, que hace alegres todas las molestias de la vida. Y así como dijimos que la mesma fealdad y enormidad del pecado atormentaba los malos; así por el contrario la mesma hermosura y dignidad de la virtud alegrá y consueta á los buenos, como claramente lo significó el profeta David, cuando dijo (i): Los juicios del Señor (que son sus sanctos mandamientos) son verdaderos y justificados en sí mesmos, y son mas preciosos que el oro y piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. Y así como en tales se deleitaba él mesmo en la guarda dellos; como él lo testificó en otro salmo, diciendo (k): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. La cual sentencia confirma su hijo Salomon en sus Proverbios, diciendo (l): Alegría es al justo hacer justicia; que es lo mesmo que hacer virtud, y cumplir con las obligaciones que el hombre tiene sobre sí. La cual alegría aunque proceda de otras muchas causas, pero señaladamente procede de la mesma dignidad y hermosura

(a) Isai. 66. Marc. 9. Eccles. 7. (f) Psal. 44. (g) Cont. Manich. lib. 2. cap. 9. (h) Tom. 4. lib. 1. de Catec. rudib. cap. 16. in fine. (i) Psal. 118. (k) Psal. 118. (l) Prov. 21.

de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Finalmente es tan grande el fruto y gusto de la buena consciencia, que en ella pone Sant Ambrosio en el libro de sus officios la felicidad de los justos en esta vida; y así dice él: Tan grande es el resplandor de la virtud, que basta para hacer nuestra vida bienaventurada la tranquilidad de la consciencia, y la seguridad de la inocencia.

Y así como los filósofos sin lumbre de fe conocieron el tormento de la mala consciencia, así conocieron el alegría de la buena, como lo muestra Tulio en el libro de las cuestiones Tusculanas, donde dice así: La vida que se la empleado en honestos y nobles ejercicios, trae consigo tanta consolacion, que los que desta manera vivieron, ó no sienten trabajo, ó lo tienen por muy liviano. El mesmo dice en otro lugar, que ningun teatro hay mas público, ni mas honroso para la virtud, que el testimonio de la buena consciencia. Sócrates, preguntado quién podría vivir sin pasion, respondió que el que viviese bien. Y Bias otro filósofo insigne, preguntado quién había en la vida que careciese de miedo, respondió que la buena consciencia. Y Séneca en una carta dice así: El sabio nunca vive sin alegría, y esta alegría le viene de la buena consciencia. En lo cual verás cuánto concuerda esta sentencia con aquella de Salomon que dice (a): Todos los dias del pobre son malos (conviene saber; trabajosos y penosos); mas el ánimo segura es como un banquete perpetuo. No se podia mas decir en tan pocas palabras; en las cuales se nos da á entender, que así como el que está en un convite, se alegra con la variedad de los manjares, y con la presencia de los amigos con quien los come, así el justo se alegra con el testimonio de la buena consciencia, y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánimo. Sino la diferencia es esta: que aquella alegría del convite es bestial y terrena; mas esta es perpetua; aquella se comienza con hambre, y se acaba con hastio; esta se comienza con la buena vida, y se continúa con la perseverancia, y se acaba con la gloria. Pues si los filósofos en tanto estimaban esta alegría, sin esperar nada en la otra vida por ella, el cristiano que sabe cuántos bienes tiene Dios aparejados para galardónarla en la vida advenidera, y cuántos en la presente, cuánto mas se alegrará? Y aunque este testimonio no deba carecer de un santo y religioso temor, pero este tal temor no solo no desmaya, mas ántes por una maravillosa manera esfuerza al que lo tiene; porque tácitamente nos da á entender que es mas legítima y sana nuestra confianza, pues está acompañada y rectificada con este santo temor: del cual si careciese, no sería confianza, sino falsa seguridad y presumpcion.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo privilegio de que gozan los buenos, del cual dice el Apóstol (b): Nuestra gloria es el testimonio de nuestra consciencia, que es haber vivido con simplicidad de corazón, y con pureza y sinceridad, y no con sabiduría carnal.

Esto es lo que con palabras se puede significar deste privilegio. Mas ni estas ni otras muchas son mas parte para declarar la excelencia del, á quien no tiene experiencia della, que quien quisiese con palabras dar á entender el sabor de un manjar exquisito á quien nunca lo probó. Porque sin duda esta alegría es tan grande, que muchas veces cuando el bueno se halla triste y atri-

(a) Prov. 15. (b) 2. Cor. 1.

bulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviendo los ojos hácia dentro, y mirando la paz de su consciencia, y el testimonio della, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demas, como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su caso, sino solo esto. Y aunque (como dije) no pueda tener evidencia desto; mas así como el sol por la mañana ántes que se descubra, esclarece el mundo con la vecindad de su resplandor, así la buena consciencia, aunque no se conozca por evidencia, todavía alegra con el resplandor de su testimonio al ánimo. Lo cual es en tanto grado verdad, que dice Sant Crisóstomo estas palabras: Toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena consciencia, así se apaga como una centella de fuego, cayendo en un lago muy profundo de agua.

CAPITULO XVIII.

Del sexto privilegio de la virtud, que es la confianza y esperanza en la divina misericordia de que gozan los buenos; y de la vana y miserable confianza en que viven los malos.

Con el alegría de la buena consciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el Apóstol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* (c), aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia; pues tan grande ayudador y galardoador de nuestros trabajos nos dice ella que tenemos en Dios. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, estas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios, y este el comun puerto y remedio de todas las miserias desta vida.

Mas aquí es de notar (porque no nos engañemos) que así como hay dos maneras de fe, una muerta que no hace obras de vida (cual es la de los malos cristianos), y otra viva, y formada con caridad (cual es la que tienen los justos con que hacen obras de vida), así tambien hay dos maneras de esperanza: una muerta, que ni da vida al ánimo, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consueta en sus trabajos (cual es la que tienen los malos), y otra viva, como la llama Sant Pedro (d), la cual, como cosa que tiene vida, tiene tambien efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos, y esforzarnos en el camino del cielo, y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo: como la tenia aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que estando ya sentenciada á muerte, y llevándola por las calles públicas á apedrear, con todo esto su corazón estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era tambien la confianza que tenia David, cuando decia (e): Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada á tu siervo, con la cual me diste esperanza; porque esta me esforzó y consoló en la afliccion de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y muy admirables efectos en el ánimo donde mora; y tanto mas, cuánto mas participa de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida (f). Entre los cuales efectos el primero es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardón; porque cuanto mas firmes prendas tiene desto, tanto mas alegremente pasa por los trabajos del mundo, como todos los sanctos á una voz testifican. Sant Gregorio dice: La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazón á los bienes de la eternidad, que nos hace no sentir los males desta mortalidad. Orígenes dice: La esperanza de la glo-

(c) Rom. 12. (d) 1. Petr. 1. (e) Psal. 118. (f) 1. Ioan. 3.

ria advenidera da descanso á los que por ella trabajan en esta vida, así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra la esperanza de la corona. Sant Ambrosio dice: La esperanza firme del galardón esconde los trabajos, y hurta el cuerpo á los peligros. Sant Hierónimo dice: Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio della, y así la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo. Esto mismo explica Crisóstomo aun mas copiosamente por estas palabras: Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades é inviernos á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caídas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden; mucho ménos habian de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. No mires pues, ó cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino dónde va á parar; ni que el de los vicios es dulce, sino el paradero que tiene. Dice por cierto muy bien este sancto. Porque ¿quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte; y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida?

Mas no solo sirve la esperanza para alcanzar este tan deseado fin, sino tambien para todos los medios que para él se requieren, y generalmente para todas las necesidades y miserias desta vida. Porque por ellas es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveido en sus necesidades; pues por ella se alcanza el favor y misericordia de Dios, que para todas las cosas nos ayuda. Desto tenemos evidéntisimas prendas y testimonios en todas las Escrituras divinas, mayormente en los Salmos de David; porque apenas se hallará salmo que no engrandezca esta virtud, y predique los frutos della: lo cual sin duda es una de las mayores riquezas y consolaciones que los buenos tienen en esta vida. Por lo cual no se me debe tener por prolijidad referir aquí algunas dellas; pues es cierto que muchas mas son las que callo, que las que podré referir. En el libro segundo del Paralipomenon dijo un profeta al rey Asá (a): Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan fortaleza á todos los que esperan en él. Hieremías dice (b): Bueno es el Señor á los que esperan en él, y al ánima del que le busca. Y en otro lugar (c): Bueno es el Señor, el cual esfuerza á los suyos en el tiempo de la tribulación, y conoce á todos los que esperan en él: esto es, tiene cuenta con ellos para socorrerlos y ayudarlos. Isaias dice (d): Si os volviéredes á mí, y estuviéredes en mí quietos, seréis salvos; en silencio y esperanza estará vuestra fortaleza. Y entiende aquí por silencio la quietud y reposo interior del ánima en medio de los trabajos, que es efecto desta esperanza, la cual destierra della toda solicitud y congoja desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina. El Ecclesiástico dice (e): Los que temeis al Señor, fiáos dél, y no perderéis vuestro galardón. Los que temeis al Señor, esperad en él, y su misericordia será para vuestra consolación y alegría. Mirad, hijos, á todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que nadie esperó en el Señor, que le saliese en vano su esperanza. Salomon en sus Proverbios dice (f): Descubre tu corazón al Señor, y espera en él; porque él te guiará y enderezará en tus caminos. El

(a) 2. Paral. 16. (b) Thren. 5. (c) Nahum 1. (d) Isai. 30. (e) Eccl. 2. (f) Prov. 3.

profeta David en un salmo dice (g): Esperen, Señor, en ti los que conocen tu nombre; porque nunca desamparaste á los que te buscan. En otro dice (h): Yo, Señor, esperé en ti; y así me alegraré y gozaré en tu misericordia. En otro dice (i): A los que esperan en el Señor cercará la misericordia. Y dice muy bien cercará, para dar á entender que por todas partes los guardará, así como el rey que está cercado de su gente, para que vaya mas seguro. Y en otro salmo prosigue mas á la larga esta materia, diciendo (k): Esperando esperé en el Señor, y él miró por mí, y sacóme del lago de la miseria, y del lodo en que estaba atollado, y asentó mis piés sobre una firme piedra, y enderezó todos mis pasos, y puso en mi boca un cantar nuevo, y un himno en alabanza de nuestro Dios. Verán esto los justos, y alabarán á Dios, y esperarán en él: bienaventurado el varón que puso su esperanza en el Señor, y no puso sus ojos en las vanidades y locuras engañosas del mundo. En las cuales palabras hallarás aun otro efecto maravilloso desta virtud, que es abrir la boca y los ojos del hombre para conocer por experiencia la bondad y providencia paternal de Dios, y cantarle un cantar nuevo, con nuevo gusto y nueva alegría, por el nuevo beneficio recibido con el socorro esperado. No acabariamos á este paso de traer versos, y aun salmos enteros deste profeta. Porque todo el salmo (l): *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion*, desto habla. Y asimesmo todo el salmo (m): *Qui habitat in adiutorio altissimi*, se gasta en contar los grandes frutos y provechos de los que esperan en Dios, y viven debajo de su protección. Donde sobre una palabra deste salmo, que dice: Tú eres, Señor, mi esperanza, escribe Sant Bernardo así: Para cualquier cosa que deba yo hacer ó no hacer, sufrir ó desear, tú eres, Señor, mi esperanza. Esta es la causa del cumplimiento de todas tus promesas: esta es la principal razón y fundamento de mi esperanza. Alegue otro sus virtudes, glórfese que ha sufrido todo el peso del día, y del calor (n): diga con el Fariseo que ayuna dos días cada semana, y que no es él como los otros hombres (o); mas yo, Señor, diré con el Profeta (p): Bueno es á mí llegarme á Dios, y poner en él mi esperanza. Si me prometen premios, por vos esperaré que los alcanzaré; si se levataren contra mí batallas, por vos espero que las venceré; si se embraveciere contra mí el mundo, si bramare el demonio, si la mesma carne se levatare contra el espíritu, en vos esperaré (q). Pues siendo esto así, ¿por qué no deseamos luego de nosotros todas estas vanas y engañosas esperanzas, y no nos apegamos con todo fervor y devoción á esta esperanza tan segura? Y mas abajo añade el mesmo sancto, diciendo: La fe dice: Grandes y inestimables bienes tiene Dios aparejados para sus fieles. Mas la esperanza dice: Para mí los tiene guardados. Y no contenta con esto, hace á la caridad que diga: Pues yo me daré prisa por gozarlos.

Cata aquí pues, hermano, cuán grande sea el fruto desta virtud, y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas deste siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete

(g) Psal. 9. (h) Psal. 50. (i) Psal. 51. (k) Psal. 50. (l) Psal. 124. (m) Psal. 90. (n) Matth. 20. (o) Luc. 18. (p) Psal. 72. (q) Psalm. 26.

Dios por Isaias á sus escogidos (a); para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades deste mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males; pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzaremos, siendo cosa saludable. Por donde dice Cipriano que la misericordia de Dios es la fuente de los remedios; y que la esperanza es el vaso que los coge; y que segun la cantidad deste vaso, así será la del remedio; porque por parte de la fuente no puede el agua de la misericordia faltar. De suerte que así como dijo Dios á los hijos de Israel, que toda la tierra sobre que pusiesen sus piés, sería suya (b), así toda la misericordia sobre que el hombre llegare á poner los piés de su esperanza, será suya. Y segun esto, el que movido de Dios esperare todas las cosas, todas las alcanzará. En lo cual parece que esta esperanza es una imitación de la virtud y poder de Dios, la cual redundante en gloria del mesmo Dios. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo, no hay cosa que tanto declare la omnipotencia de Dios, como ver que no solo él es todopoderoso, mas que tambien hace en su manera todopoderosos á los que esperan en él. Si no, dime, ¿no participaba desta omnipotencia el que dende la tierra mandaba al sol que se parase en el cielo (c), y el que daba á escoger al rey Ezequías, si queria que mandase al mesmo sol volver atras, ó pasar adelante (d)? Esto es lo que señaladamente engrandesce la gloria de Dios, hacer los suyos tan poderosos. Porque si se gloriaba aquel soberbio rey de los asirios, diciendo que los príncipes que le servian, eran tambien reyes como él (e), ¡cuánto mas se puede gloriarse nuestro Señor Dios, diciendo que tambien son dioses en su manera, los que sirven á él, pues tanto participan de su poder (f)!

§. I.

De la esperanza vana de los malos.

Este es pues el tesoro de la esperanza de que gozan los buenos, del cual carecen los malos; porque aunque tienen esperanza, no la tienen viva, sino muerta; porque el pecado le quitó la vida, y así no obra en ellos estos efectos que habemos dicho. Porque así como ninguna cosa hay que mas avive la esperanza, que la buena consciencia, así una de las cosas que mas la derriba y desmaya, es la mala; pues esta (como dijimos) ordinariamente anda á sombra de tejados; y así teme y desconfia, por entender que no tiene merecido, sino desmerecido el favor de la divina gracia. De donde así como la sombra sigue al cuerpo do quiera que va, así el temor y la desconfianza acompañan á la mala consciencia por do quiera que ande. En lo cual parece que cual es su felicidad, tal es su confianza; porque así como tiene su felicidad en los bienes del mundo, así en ellos tiene su confianza, pues en ellos se gloria, y á ellos se socorre en el tiempo de la tribulación. De la cual esperanza hallamos escrito en el libro de la Sabiduría (g): La esperanza del malo es como el pelito de lana que se lleva el viento, y como la espuma delgada, que deshace la ola, y como el vapor del humo, que esparce el aire. ¿Ves pues cuán sana sea esta confianza?

Pues aun mas mal tiene que este; porque no solo es

(a) Isai. 4. (b) Iosue 1. (c) Iosue 10. (d) 4. Reg. 20. Isai. 38. (e) Dan. 1 et 2. (f) Psal. 81. (g) Sapient. 5.

vana, sino tambien perjudicial y engañosa, como lo significó el Señor por el profeta Isaias, diciendo (h): Ay de vosotros, hijos desamparados de vuestro padre, que tomastes consejo, y no conmigo; y urdistes una tela, y no con mi espíritu, para añadir pecados á pecados; é inviastes á Egipto á pedir socorro, y no tomastes consejo conmigo, esperando ayuda en la fortaleza de Faraon, y poniendo vuestra confianza en la sombra de Egipto. Y volvéseos ha la fortaleza de Faraon en confusión, y la confianza en la sombra de Egipto, en ignominia. Todos quedaron confundidos esperando en el pueblo que no los socorrió, ni les aprovechó nada, ántes les fué materia de mayor vergüenza y confusión. Hasta aquí son palabras de Isaias, el cual (no contento con lo dicho) torna en el capítulo siguiente á repetir esta mesma reprehension, diciendo (i): ¡Ay de aquellos que van á Egipto á pedir socorro, esperando en sus caballos, y teniendo confianza en sus carros, porque son muchos; y en sus caballeros, porque son muy esforzados; y no pusieron su confianza en el sancto de Israel, ni buscaron al Señor! Porque Egipto es hombre, y no Dios; y sus caballos son carne, y no espíritu; y el Señor extenderá su mano, y caerá el ayudador, y tambien el que es ayudado; y unos y otros serán juntamente confundidos y burlados.

Cata aquí pues la diferencia que hay entre la esperanza de los buenos y de los malos; porque la de los unos es carne, y la de los otros es espíritu; y (si esto es poco) la de los unos es hombre, y la de los otros es Dios: por do parece que lo que va de Dios á hombre, eso va de esperanza á esperanza. Por lo cual con mucha razón nos aparta el Profeta de la una esperanza, y nos convida á la otra, diciendo (k): No queráis confiar en los príncipes de la tierra, ni en los hijos de los hombres, que no son parte para dar salud. Acabarse ha la vida dellos, y volverse han en la mesma tierra de que fueron formados, y en este día perecerán todos los pensamientos de los que confiaban en ellos. Bienaventurado el varón que tiene á Dios por su ayudador, y en él tiene puesta su esperanza: el cual hizo el cielo, la tierra, la mar y todo lo que en ellos es. ¿Ves pues aquí claro la diferencia que va de la una esperanza á la otra? Y en otro salmo declara el mesmo profeta esta mesma diferencia de esperanzas, diciendo (l): Estos confían en sus carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor. Ellos se enlazaron y cayeron; mas nosotros nos levantamos y estamos en pié. Mira pues cuán bien responde aquí el fruto de la confianza á los estritos y fundamentos della; pues de la una se sigue la caída, y de la otra levantamiento y victoria.

Por lo cual con mucha razón se comparan los unos con aquel hombre del Evangelio (m) que edificó su casa sobre arena, la cual á la primera tempestad que se levantó, dió consigo en tierra; y los otros con el que la edificó sobre peña viva, y por eso estuvo firme y segura contra todas las aguas y torbellinos desta vida. Y no ménos elegantemente declara el profeta Hieremías por otra muy hermosa comparación esta mesma diferencia por estas palabras (n): Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y el que apartando su corazón del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo de su vida. Porque este tal será como el arbolillo silvestre, que nasce en

(h) Isai. 30. (i) Isai. 31. (k) Psal. 148. (l) Psal. 19. (m) Matth. 7. (n) Hier. 17.

el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino antes estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre é inhabitable. Mas, por el contrario, del varon justo dice luego así: Bendito sea el varon que tiene su esperanza en el Señor, porque él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raíces, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime, ruégote, ¿qué mas era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay solo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol, que estar plantado de la manera que aquí nos lo pinta este profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas suceden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas, por el contrario, ninguna peor suerte puede haber á un árbol, que ser infructuoso y silvestre, y estar en mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres: para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro mas miserable estado que tener desviados sus ojos y corazón de Dios (que es fuente de aguas vivas), y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca, y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado; pues en tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusión, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote, ¿qué mayor miseria puede ser que esta? ¿Qué mayor pobreza, que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo, como arriba tratamos (a), y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia; ¿qué será dél, quebrada esta áncoa en la cual se sostenía? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera perfectos, y proveídos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho, de tal manera que casi ninguna cosa de las que ha menester tiene dentro de sí; sino que todo le ha de venir de acarreo, y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada esta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? ¿Pues qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nación hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algun beneficio de su providencia? Un poco de tiempo que se ausentó Moises de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aaron, diciendo que les hiciese algun dios, porque no se atrevían á caminar sin él (b). En lo cual parece que la misma naturaleza humana, aunque no siempre conoce al verdadero Dios, conoce que tiene necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conoce su flaqueza: y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della.

(a) Cap. 5. (b) Exod. 32.

De suerte que así como la yedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede; y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varon, porque como animal imperfecto entienda la necesidad que tiene deste arrimo, así la misma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querria saber: los que desta manera viven ¿con quién se consuelan en sus trabajos? á quién se acogen en sus peligros? con quién se curan en sus enfermedades? á quién dan parte de sus penas? con quién se aconsejan en sus negocios? á quién piden socorro en sus necesidades? con quién tratan? con quién conversan? con quién platican? con quién se acuestan? y con quién se levantan? y finalmente, cómo pasan por todos los trances desta vida los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo un ánima puede vivir sin Dios? pues no es ménos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra. Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el áncoa de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta áncoa? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda pues aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente lo que va de la suerte de los unos á la de los otros; pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisierdes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él (c). Porque basta la culpa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caída: como él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destrucción del reino de Moab, y la causa della, dice así (d): Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú tambien serás presa y destruida, y Chamós (que es el Dios en que confías) será llevado captivo, y sus sacerdotes y príncipes tambien con él. Mira pues agora tú cuál sea este linaje de socorro, pues el mesmo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza; el cual aunque parece ser el mesmo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos), pero no lo es, ántes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc.), uno de los principales es esta paternal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

(c) Isai. 36. (d) Hier. 48.

CAPITULO XIX.

Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conocida servidumbre en que viven los malos.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas), se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos; que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redentor del género humano; por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivia, y puesto en verdadera libertad. Este es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los mas señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto; porque donde este espíritu mora, ahí está la verdadera libertad; como dice el Apóstol (a): Finalmente, este es uno de los grandes premios que en esta vida se prometen á los siervos de Dios, como el mesmo Señor lo prometió á unos que le querian comenzar á servir, diciendo (b): Si vosotros permanecierdes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os librára, esto es, la verdad os dará verdadera libertad. Y respondiéndolos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie; ¿cómo dices tú agora que seremos libres? respondió el Señor: En verdad os digo que quien quiera que comete pecado, es siervo del pecado, y el siervo no permanece en la casa para siempre; mas el hijo permanece siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que parece libertad y no lo es), y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánimo libre de todos estos tiranos; como quiera que esté el cuerpo ora suelto, ora captivo: cual era la del apóstol Sant Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre, el ánima sea sin comparación mas noble, y casi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el subjecto ó la caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por do quiere suelto y libre.

§. I.

De la servidumbre en que viven los malos.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del mas feo, torpe, y abominable tirano de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la mas abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno; y peor y mas abominable es el pecado, que es causa dese tormento. Y deste son siervos y esclavos los malos, como claramente

(a) 2. Cor. 3. (b) Ioann. 8.

lo viste en las palabras del Señor arriba dichas (c): Quien quiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿qué servidumbre puede ser mas miserable que esta?

Y no solo es siervo del pecado, mas tambien de los principales atizadores y movedores del pecado, que son: el demonio, el mundo, y nuestra propia carne, corrompida por el mesmo pecado, con todos los apetitos desordenados que della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, tambien lo es de los padres que lo engendraron; y cóstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tirano.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adam; ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el Apóstol mas claramente la llama pecado (d), poniendo el nombre del efecto á la causa; porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la mesma razon la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comunmente le llamamos sensualidad, carne ó concupiscencia, que por términos mas claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado; porque este es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél, y de todos sus apetitos los otros dos enemigos para hacernos guerra por él. Por lo cual divinamente dijo Sant Basilio que las principales armas con que nos hacia guerra el demonio, eran nuestros deseos; porque la demasiada afición de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los mas principales tiranos á quien están los malos subjectos, y, como dice el Apóstol (e), vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fueron criados (porque ni se perdió, ni perderá jamas cuanto á su esencia, por mas pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalece lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la sogá por lo mas delgado.)

Pues ¿qué cosa mas para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada á imágen de Dios, esclavescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios; que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial; y este corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿Qué se puede esperar deste regimiento, y desta guía, sino despeñaderos, y desastres, y caídas, y males incomparables?

Y porque mas claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy pal-

(c) Ioan. 8. (d) Rom. 7. (e) Rom. 7.